
CONALI INFORMA

BOLETÍN DE INFORMACIÓN, SERVICIOS Y COORDINACIÓN
DE LA COMISIÓN NACIONAL DE LITURGIA - CHILE

OCTUBRE 2001
Serie Nueva N° 47

COMENTANDO LA IGMR 2001

VELAR POR LA EXPRESIVIDAD DE LA CONCELEBRACIÓN

I. LOS RITOS INICIALES

n.46. Los ritos que preceden la liturgia de la Palabra, es decir la entrada, el saludo, el acto penitencial, el Kyrie, el Gloria, y la oración colecta, tienen carácter de exordio, introducción y preparación.

Su finalidad es hacer que los fieles reunidos constituyan una comunidad y se dispongan a escuchar debidamente la palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía.

O sea: la finalidad de los ritos iniciales es que los fieles reunidos se constituyan en Asamblea en este primer momento de la celebración.

Los signos son varios y cada uno a su manera apunta a este fin. Expresar que Cristo es quien llama y congrega a sus hermanos. Tal como, una vez resucitado se hacía presente en medio de sus Apóstoles e iba constituyendo su Iglesia.

La asamblea congregada es una expresión visible de la Iglesia, y cada uno debe tener esta convicción que el Señor se hace presente en medio de ella: "Allí donde 2 o 3 están reunidos en mi nombre, Yo estoy en medio de ellos".

Son varios los elementos que van constituyendo la Asamblea en estos ritos iniciales. El acto penitencial es uno de ellos, y no es el único ni el más importante.

1. EL CANTO DE ENTRADA

Es el primer elemento. Su finalidad, es unir las voces para unir los corazones:

n.47 La finalidad de este canto es abrir la celebración, fomentar la unión de los que se han congregado e introducir los espíritus en el misterio del tiempo litúrgico o de la fiesta, y acompañar la procesión del sacerdote y los ministros.

Por eso debe ser un canto en que participen los fieles, por lo menos con el estribillo, y que no sea sólo un canto reservado al coro. Es recomendable que el que dirige el coro vaya también "animando" el canto de la asamblea con sus manos y brazos, indicando así el ritmo.

El canto contribuye también a expresar el aspecto festivo de la celebración. Es uno de los cantos más importante de la misa.

Acompaña la procesión de entrada. Por eso, debería empezar antes de la entrada del sacerdote, y a veces, en caso de gran asamblea, empezar mucho antes. Y debe terminar cuando el sacerdote, después de besar el altar, y eventualmente incensarlo, se dirige a la sede (no debe quedarse en medio del altar que todavía no sirve durante los ritos iniciales y la Liturgia de la Palabra).

Antes de iniciar el canto, puede el "guía" dar algunos avisos: la misa que se celebra ese día, algunas intenciones de la comunidad.

Se debe evitar leer una larga lista de difuntos; ésta puede figurar a la puerta del templo: "Se recomienda a la oración de la comunidad a...", o bien, como en varias parroquias, tener en la entrada un libro en que los fieles mismos inscriban sus intenciones.

Y no decir: "Esta misa se celebra por...", lo que no es exacto, sino que toda misa se celebra siempre por todos los vivos y difuntos, o mejor dicho "con" los difuntos (cf. Boletín pastoral del Centro Bellarmino, ficha n. 65: "Sentido y Vivencia de la liturgia funeraria")

2. LA PROCESION DE ENTRADA

La procesión es otro elemento festivo de la misa.

Se supone que avanza desde el fondo del templo por el pasillo central.

La ubicación de la sacristía hace que generalmente no hay procesión, sino que este lugar de preparación del sacerdote y ministros aparece como los bastidores de un teatro, siendo el presbiterio como el escenario.

Precede la cruz acompañada de dos acólitos llevando los cirios.

En las celebraciones más festivas, va delante de la cruz el turiferario llevando el incensario humeante. Luego vienen los monaguillos, ministros Instituidos, diáconos... e inmediatamente delante del sacerdote (u obispo) el diácono (o lector) llevando solemnemente el Evangelionario (no el leccionario: n.120)
(Este libro que contiene solo los evangelios estará disponible en 2002).

En esta procesión que atraviesa la asamblea están presente 3 signos de la presencia de Cristo.

- la misma asamblea, que hace visible a la Iglesia;
- el evangelionario, signo de la Palabra de Cristo: es Él quien congrega al pueblo.
- El sacerdote que preside o "re-presenta" a Cristo . . .

n.27 : En la Misa o Cena del Señor, el pueblo de Dios es congregado bajo la presidencia del sacerdote celebrante que oficia "in persona Christi", para celebrar el memorial del Señor. Por lo cual en la Asamblea local de la santa Iglesia se realiza eminentemente la promesa de Cristo: "Donde dos o tres se hallan reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos". Pues en la celebración de la misa en la cual se perpetúa el sacrificio de la Cruz, Cristo está realmente presente en la misma asamblea, reunida en su nombre, en la persona del Ministro, en su Palabra, (y sustancial y permanentemente bajo las especies eucarísticas).

2. ALTAR Y SEDE

n.49 : El sacerdote, los diáconos y los ministros, cuando llegan al presbiterio, saludan al altar con una inclinación profunda. En señal de veneración, el sacerdote y el diácono besan después el altar, y el sacerdote, según las circunstancias, inciensa la cruz y el altar (caminando en torno a él, n.123)

n.124: Concluido esto, el sacerdote se dirige a la sede.

"Ara Christus est": el saludo y el beso al altar destacan la importancia de este lugar de la celebración. Es la "piedra angular" de la iglesia. Normalmente se besa al llegar, o sea delante, espalda a la asamblea, y no como se hacía antes cuando había una "piedra del altar" con una reliquia.

Este saludo y beso al altar es el primer contacto del sacerdote con Cristo: Aquel que él mismo, re-presenta en la celebración lo reconoce como Cabeza del Cuerpo de la Iglesia.

Pero no se queda al altar. En seguida "se dirige a la sede": no un lugar solo para sentarse, sino un lugar simbólico, desde el cual va a presidir "in persona Christi".

Altar y Sede: dos lugares que evocan ya la presencia de Cristo desde el inicio de la celebración. (Ver nuestro comentario de noviembre (n. 45) acerca de los 4 polos de la celebración y consejos prácticos al respecto.

Se notará algo nuevo en la IGMR - que el Evangeliario (no el leccionario) que se ha llevado solemnemente delante del sacerdote en la procesión de entrada, se deposita en medio del altar (el diácono primero lo deposita y luego besa el altar) - o sino el lector lo deposita sin besar el altar.

Es otro de los signos que indica el punto de concentración de la Asamblea: Es Cristo quien por su Palabra convoca ("ek-kalein") y congrega a su Pueblo.

3. LA SEÑAL DE LA CRUZ

De pie a la sede, (el canto debe terminar: su rol es acompañar rito de entrada; no se debe prolongar, ya terminó su función), el sacerdote inicia la celebración con la señal de la cruz, distintivo de los discípulos de Cristo marcados con esta señal ya desde el bautismo. Un signo bien hecho, el ejemplo del sacerdote debe ser contagioso.

Y las palabras que lo acompañan ya es una verdadera profesión de fe en el Dios Amor-Trinidad que manifiesta su amor al entregarnos a su Hijo y al Espíritu de amor.

4. SALUDO - BENDICIÓN

Esta misma profesión de fe trinitaria de la señal de la cruz se proclama en seguida en una doxología inicial a manera de saludo. No es un "buenos días" simpático a la asamblea. No es el sacerdote quien ha convocado a la asamblea, o juega el rol de dueño de casa, o animador de celebración, sino es el Dios de amor.

El misal ofrece varios modelos que no son exclusivos. En nuestros subsidios para la misa dominical (en la misma página web) presentamos fórmulas inspiradas en el mensaje de Palabra de Dios para el domingo.

Y si el sacerdote quiere añadir algo más personal (brevemente), de toda manera debería evitar decir: "Nos hemos reunido para..." sino: "El Señor nos ha reunido..." Pero que sea muy breve, no un largo fervorino, ni menos un resumen de la prédica.

Y si se utiliza el saludo bíblico tradicional, será: "El Señor esté con ustedes – y no: "con nosotros"-, de manera que la respuesta"... tu espíritu" ya sea respuesta coherente con el saludo: al establecer este "diálogo", la asamblea reconoce en la persona del sacerdote a su ministro enviado por Otro.

Esta respuesta alude a 1, Tim 4, 14 y 2 Tim 1, 6 y otros textos semejantes, en que Pablo habla de la función ministerial: "Reaviva en ti el espíritu de la imposición de mis manos".

5. ACTO PENITENCIAL

"Acto", y no "rito" (así como el "Credo" no es un "rito" sino un "acto de fe"). El Misal ofrece 3 fórmulas, además del "rito del agua bautismal" (eso sí que es que rito, ya que utiliza un signo sensible, el agua).

No se trata de un examen de conciencia personal ni colectivo en el que se detalla una lista de pecados; la IGMR habla de "confesión general".

Ni de mirarse a sí mismo, sino contemplar el corazón de Dios, su misericordia. Y lo hacemos no tanto como individuos aislados, que piden perdón por sus propios pecados, sino como comunidad solidaria en el pecado del mundo y en el arrepentimiento, una Iglesia continuamente necesitada de la misericordia de su Dios. Es en esta óptica que el acto penitencial contribuye a despertar la conciencia de comunidad, de asamblea.

El momento más importante es sin duda el momento de silencio después de la invitación del sacerdote. Debe ser suficientemente largo, no menos de un minuto! Y al tratar, en esta serie de comentarios, de la "expresividad de la celebración", más impactante será el ejemplo del sacerdote que en este momento y durante el resto del acto se orienta, desde su sede, hacia la Cruz del altar. Un ejemplo muy contagioso para la asamblea.

El Misal propone tres fórmulas para este acto:

- la confesión general: "Yo confieso", rezado por toda la asamblea,
- un responso dialogado (preferible en las solemnidades, en las que no conviene dar énfasis a este aspecto penitencial; se omite en la confirmación y en el matrimonio.
- Las preces letánicas con tropos, que incluyen el "Señor ten piedad";

Esta última es la fórmula más indicada para la misa dominical.

El Ordo Missae ofrece numerosas fórmulas según el tiempo litúrgico; ninguna alude a pecados concretos. En nuestra página web de subsidios para la misa dominical, ofrecemos fórmulas inspiradas de los textos bíblicos del domingo: confrontar nuestra vida con la Palabra de Dios, la misma que nos hace descubrir cuánto somos necesitados de la misericordia del Señor.

El misal no habla de "canto" para el Acto penitencial: Los que existen convienen para celebraciones de la Palabra o liturgias penitenciales, no en la misa.

Es evidente que la acumulación de cantos desequilibra esta parte de la misa que es una simple preparación: canto de entrada, Kyrie (si se utiliza el Yo confieso o el responso breve), Gloria... 3 cantos ya es mucho. Y tener en cuenta que la asamblea está de pie largo rato...

Además algunas melodías no contribuyen al recogimiento cuando la melodía no es adecuada al texto (p.ej. "Ten piedad de mi Señor, ten piedad...") "en ritmo de vals"... (Cf. El reproche del Señor: "Este pueblo me honra con labios y guitarra, pero su corazón está lejos de mí")

6. KYRIE: "¡Señor ten piedad!"

(a no ser que haya formado parte del mismo acto penitencial)

No es otro acto penitencial. Es una invocación que comprende dos aspectos: una aclamación y una súplica. Acentúa más la misericordia de Dios y no tanto nuestra

miseria. La aclamación se dirige a Cristo, cuyo nombre nuevo, después de resucitar, es "Señor".

Si se canta el Kyrie, no se cantará el Gloria o viceversa, para evitar 2 cantos sucesivos.

7. GLORIA

Es el segundo de los elementos importantes de los ritos iniciales:

n.53 : El gloria es el himno antiquísimo y venerable por el que la Iglesia congregada en el Espíritu Santo glorifica a Dios Padre y al Cordero, y le suplica. El texto de este himno no puede ser cambiado por otro. Lo comienza el sacerdote o, según las circunstancias, un cantor o los cantores, pero es cantado o por todos juntos o alternando el pueblo con los cantores"

También esta pieza apunta a congregar a la asamblea. Lo ideal es que toda la asamblea lo recen o lo canten todos al mismo tiempo, o bien que se alterne entre la asamblea o el coro o un cantor, pero no con el sacerdote. Es toda la asamblea la que une sus voces en esta doxología típicamente eucarística que ya anuncia la Plegaria eucarística: "Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te damos gracias".

La oración diaria comprende normalmente dos partes que equivalen a estos dos momentos del rito inicial: pedir perdón y agradecer. En el gloria no se menciona ningún don específico de Dios. Se canta la gloria, se alaba la divinidad del Dios Trinidad. Lo único que se menciona como don concreto, como demostración de su gloria, es su perdón, pues Jesús, el Cordero de Dios quita nuestros pecados. Estas peticiones de perdón que se incluyen están tras nuestra gratitud y alabanza. En el trasfondo de nuestras miserias se muestra aún más la bondad del Señor: "Tú que quitas el pecado del mundo, Tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros!

8. ORACION COLECTA

Es la oración sobre el pueblo congregado que pronunciaba el Obispo antes de iniciar la procesión hacia la "iglesia estacional" de la Eucaristía.

Y con este tercer elemento del rito inicial culmina esta parte de preparación a la misa, cuyo objetivo es constituir la Asamblea.

Se llama "colecta", porque el que hace de cabeza de la asamblea "recoge", "recolecta" toda la vida del mundo y de la Iglesia: intenciones, anhelos, problemas, dificultades, motivos de acción de gracias...

Por eso, lo más importante es la pausa de silencio que sigue a la invitación del sacerdote: "Oremos" Evidentemente se supone que el sacerdote mismo cumpla lo que pide a la asamblea, juntando las manos en actitud de oración; no es el momento de buscar la página del misal. Su ejemplo debe ser contagioso. (Es el segundo momento de silencio previsto en el misal después del silencio previo al acto penitencial)

El texto mismo de la oración es un verdadero "comprimido" de oración, quizás un poco difícil de "tragar", debido a su estilo conciso, elevado, abstracto...

No es una oración para "leer" de manera rutinaria, mecánica... conviene pronunciar lentamente, con pausas, destacar alguna palabra...

Pero no es el contenido de la oración lo que más importa: es más bien la conclusión de la oración: "Por nuestro Señor Jesucristo...", centro de la profesión de fe trinitaria, que ya anuncia la doxología trinitaria con que culminará la gran plegaria eucarística. Desde ahora ya se designa el único Mediador (sacerdote) entre Dios y la humanidad, el que reúne y recapitula en sí mismo a todo el Universo.

Convendría cantar esta doxología a la que la asamblea contestaría cantando el amén.

9. EL ALTAR y LA APERTURA DE LA CELEBRACION

Durante los varios elementos de introducción a la Misa, el altar tiene un lugar central, ya que el primer gesto litúrgico del sacerdote y de los ministros, al llegar en el presbiterio durante el canto de entrada, consiste precisamente en saludarlo.

El altar, en este momento de la celebración, es ya un símbolo activo en el corazón de la liturgia. Todavía no es el lugar de una acción simbólica propiamente dicha, pero

símbolo de la presencia de Cristo que reúne y en nombre de quien el sacerdote saluda la asamblea. Su relación al altar evoca una presencia que se podría calificar de "personal" en la medida en que es signo de la persona de Cristo. El gesto de veneración que acompaña el saludo - el beso- es muy evocador de esta personalización.

Si el altar subraya esta presencia de Cristo, sería natural que el sacerdote y los ministros no le den la espalda, sino que en este momento, estén orientados hacia adelante, porque es de la naturaleza misma de la asamblea, estar "vuelta hacia el Señor".

Es cierto que el sacerdote se vuelve hacia la asamblea, por ejemplo para dirigirle saludo u monición. Pero, para los otros ritos de apertura, como el Kyrie (IGMR 30) o la oración de apertura (IGMR 32), la orientación hacia la asamblea no se impone. La oración -colecta es una palabra dirigida a Dios; requiere, pues, una orientación conforme a su naturaleza, es decir que permita a la asamblea percibir su unidad en la oración: es la misma asamblea entera la que, por la voz del sacerdote, se vuelve hacia el Señor para dirigirle su oración.

II. EL EVANGELIARIO

(Un nuevo Libro Litúrgico)

La nueva IGMR habla de un libro llamado "Evangeluario" distinto del Leccionario. Ya España y México lo tenían desde varios años. Se prevé para el año 2002 la publicación del Evangeluario con la versión común a los países del Cono Sur, que ya tenemos en los nuevos Leccionarios Dominical y Ferial (y también en los rituales recién reimpressos, y próximamente en el Leccionario Santoral). Será un libro bien presentado, letras grandes, con una hermosa encuadernación que contribuirá a destacar más solemnemente la proclamación del Evangelio.

Hay muchos aspectos novedosos que tratar en este comentario acerca de este libro.

Ya estamos acostumbrados a concluir la proclamación de los textos de Antiguo Testamento y del Nuevo (cartas, Hechos, Apocalipsis) con la fórmula “Palabra de Dios”; y al terminar la proclamación del Evangelio con “Palabra del Señor”: Así lo precisa el n. 29 de la IGMR:

“Cuando en la Iglesia se leen las Sagradas Escrituras, Dios mismo habla a su pueblo, y Cristo presente en su Palabra, anuncia el Evangelio”

SENTIDO DE LA EXPRESIÓN: “Palabra del Señor”

A primera vista parece incoherente el hecho de nombrar “Palabra del Señor” el texto evangélico del cual la exégesis moderna muestra que verosímilmente nunca haya sido pronunciado textualmente por Jesús (cf. los largos discursos de S. Juan puestos en los labios de Jesús: San Juan que reclinaba su cabeza en el pecho de Jesús - Jn.13-25- y que S. Juan Crisóstomo llama “el mejor *eructor* de Cristo”

En primer lugar, la Biblia no es del género periodístico. Quizás Jesús ni siquiera pronunció textualmente frases que se le atribuye, pero esto no impide que los evangelios sean globalmente el retrato preciso de Jesús. La autenticidad de los evangelios no depende de la materialidad del texto.

(En la época no había grabadoras, ni diarios, ni periodistas). Los evangelios han sido escritos a partir de la predicación de los Apóstoles; de allí el nombre primitivo de estos escritos: la “Memoria de los Apóstoles”.

En segundo lugar, “Palabra del Señor” pronunciado al final de la proclamación del Evangelio se refiere al conjunto del texto; no solamente a los elementos discursivos del texto (cuya autenticidad es contestable), sino también a los elementos narrativos, (los cuales sí, son forzosamente creados por los autores de los Evangelios).

De allí que la fórmula apunta más allá y designa a Cristo mismo, Verbo de Dios, Palabra del Señor con una P mayúscula, que se revela y revela a su Padre a través el texto. En vez de encerrarnos en la materialidad del texto, la expresión nos invita a contemplar un rostro, una persona, que existe, más allá del texto. Y de toda manera un texto que cuenta con la garantía del Espíritu Santo.

Y es la persona de Jesús mismo que la asamblea aclama después de “Palabra del

Señor", no el texto mismo. Por eso es incoherente mostrar a la Asamblea el Libro abierto mostrando una página que es Escritura Sagrada, no Palabra.

FINAL DE LAS LECTURAS

Lo siguiente vale tanto para el lector de la primera (AT) y segunda (NT) lectura, como para el diácono o el sacerdote después del Evangelio: - Lector: "Palabra de Dios" R/ de la Asamblea: ¡Demost gracias a Dios! - Evangelio: "Palabra del Señor" R/ "Gloria a ti, Señor Jesús"

(n.128 y 134)

1. Cuando el lector, el diácono o el sacerdote termina de proclamar el texto bíblico o del Evangelio, debe decir simplemente: "Palabra de Dios"(lector) o "Palabra del Señor" (Evangelio), sin agregar nada más. Así lo indica la IGMR.
2. Cuando el diácono dice: "ES Palabra del Señor!" (o el lector: "de Dios!"), se mete en el campo de la duda "si es o si no es", y así entramos en un terreno apto para discusiones estériles con los protestantes.

Cuando dice: "ESTO es Palabra del Señor!", el asunto empeora porque la Palabra de Dios o de Cristo no es un objeto para llamarlo "esto". No la cosifiquemos. La Palabra del Señor tiene de por sí su propia y gran dignidad.

Cuando dice: "Hermanos y hermanas...", está alargando inútilmente la frase. No debe decir "Hermanos" porque, como lector o diácono, no necesita dar ningún aviso, ni saludar a la asamblea. (*) Ya, como presidente, saludó a la Asamblea al comenzar la misa (incluso con gesto de la mano). Por lo tanto, decir "Hermanos", está fuera de lugar en este momento.

3. Al lector, al diácono o al sacerdote, le compete simplemente decir: "Palabra de Dios" o "Palabra del Señor", sin rodeos, es decir pronunciar humildemente esta confesión de fe de la Iglesia que es sencilla, breve y directa. Con esta expresión concreta y muy significativa, el lector, diácono o sacerdote, como

* Ver recuadro Pág. 16

servidores de la comunidad, estarán recogiendo la fe de toda la Iglesia puesta en el diálogo de oración con su Señor.

Esta confesión de fe, nacida en la Tradición eclesial orante está acertadamente dispuesta y tiene su belleza propia. En vez de cambiarla, procuremos entenderla y practicarla como la Iglesia nos propone para que crezca nuestra fe. La Iglesia tiene sabiduría de siglos. ¡Vale la pena respetarla!

MARCAS DE VENERACION

En la procesión de entrada, el diácono (o en su defecto un lector u otro ministro) lleva un poco elevado el Evangeliario justo delante del que preside, obispo o sacerdote (pero no el Leccionario (n.120)

Al llegar al altar, lo deposita sobre el altar (122); el diácono lo deposita antes de besar el altar.

- *Si solo preside el sacerdote:*

Antes de la proclamación del Evangelio, el sacerdote se inclina delante del altar y dice en secreto el "Purifica mi corazón"; luego toma el Evangelio que está sobre el altar, y se dirige procesionalmente al ambón, acompañado con los ministros llevando los cirios (y el incensario), "todos los asistentes manifestando singular reverencia hacia el Evangelio de Cristo" (n.133).

Al final de la proclamación, cierra y besa el libro, diciendo en secreto "Que las palabras del Evangelio" (no se prevé el gesto de elevar y presentar el Libro a la Asamblea, siendo mas importante y tradicional el beso al libro).

- *Si hay un diácono :*

Primero pide la bendición al sacerdote; luego, hecha la inclinación al altar, toma el Evangeliario, y se dirige al ambón. Después de la proclamación, lo cierre y lo besa, diciendo en secreto: "Que las palabras.." y vuelve al altar del sacerdote.

- *Si preside un Obispo:*

El diácono (o en su defecto un sacerdote concelebrante) le lleva el Libro para que lo bese, y él lo besa diciendo “Que las palabras”. El Obispo puede impartir la bendición al pueblo con el Evangelionario (pero no el presbítero). Por ser sucesor de los Apóstoles, el Obispo es el testigo privilegiado de Cristo mismo, el que ha recibido el encargo específico de transmitir su Palabra.

Luego se coloca el Evangelio en un lugar apto y digno (n.175)

EL BESO AL EVANGELIARIO

El beso al Evangelionario es un rito antiguo y altamente significativo. Debe hacerse de manera expresiva y visible. En la antigüedad besaban el evangelionario todo el pueblo o por lo menos el clero. Según el misal de S. Pío V el ósculo del evangelio lo hacía el celebrante (o el obispo si estaba presente, aunque no celebrara). El Misal de Pablo VI redujo un poco el realce y la visibilidad de este gesto al establecer que besara el evangelionario el mismo lector que había proclamado el evangelionario (diácono, concelebrante o celebrante).

Posteriormente el “Ceremonial de los Obispos” (1985) devolvió la posibilidad del gesto tradicional, al describir la misa estacional del obispo, permitiendo al celebrante el ósculo del evangelionario (sólo como segunda posibilidad en el Ceremonial se alude a que sea el diácono quien bese el libro). No pocos liturgistas pensaron, por no ser el gesto del ósculo del evangelionario un gesto propio del Obispo, que podía aplicarse también a las misas presididas por los presbíteros.

No obstante, la nueva IGMR (n.175) ha dado por cerrada esta posibilidad y establece que en las misas presbiterales sea siempre quien ha proclamado el evangelio – diácono, concelebrante o celebrante – quien bese el evangelionario. Esta es, pues, la norma ahora obligatoria: en las misas presbiterales quien ha proclamado el evangelio debe besar también el Evangelionario.

La procesión del diácono llevando solemnemente el evangelionario al Obispo y el ósculo al libro por parte de éste son gestos más expresivos; no obstante si el que ha leído del evangelio besa el texto que ha proclamado con expresividad, logrará también dar el debido realce al evangelionario.

El ósculo debe hacerse sin teatralidad pero de manera suficientemente visible y que manifieste que, en cierta manera, toda la asamblea, a través del que ha proclamado el evangelio, venera la palabra evangélica.

Este ósculo del evangelio quedaría, en cambio, un tanto disminuido si, a continuación del mismo, el lector añadiera el gesto de elevar el evangeliario mientras dice: "Palabra del Señor". El gesto de besar el evangelio es un gesto tradicional; elevar el evangelio, en cambio, ni es tradicional, ni actualmente previsto en las normas.

La nueva IGMR, n. 175, introduce un gesto nuevo, tomado de la misa papal: el obispo, una vez besado el evangeliario, puede bendecir al pueblo con el mismo; pero debe advertirse que el nuevo gesto, como el de besar el evangeliario, es exclusivo de la misa del obispo y que no puede realizarse en las misas presididas por el presbítero.

Y ¿LOS FIELES...?

...deben signarse al inicio del Evangelio, a los cánticos evangélicos y a la bendición final?...

Los autores medievales ya comentan cómo los fieles se signan al inicio del Evangelio y dan diversas razones - casi siempre alegóricas - a este rito.

Ello es prueba inequívoca de la antigüedad del gesto. Al principio la signación se hacía sólo en la frente (como hace aún hoy el ministro en el bautismo de párvulos): más tarde se añadieron otras dos cruces: en los labios y en el pecho. Algunas comunidades monásticas posteriormente substituyeron las tres antiguas cruces por una sola cruz trazada sobre todo el cuerpo.

El misal de Pablo VI alude a las tres cruces, pero sólo al hablar del que proclama el evangelio, pero no dice nada al respecto de los restantes fieles, tampoco el Misal de S.Pío V hablaba de que los fieles se signaran en este momento. De este silencio, algunos dedujeron que las cruces de los fieles se habían suprimido. Pero este silencio no significó supresión.

Al publicarse más recientemente el Ceremonial de los Obispos, se ha explicitado que el rito continúa vigente (n.266). Los fieles deben conservar también la costumbre de signarse con una sola cruz sobre los labios en la primera hora que recen la Liturgia de las horas (Laudes), y con una cruz sobre todo el cuerpo al comienzo de las

restantes Horas del Oficio y al inicio de los tres cánticos evangélicos (Magnificat, Benedictus, Nunc Dimitis); en estos tres cánticos, la signación quiere indicar el paso de la salmodia a un texto tomado del evangelio (post-pascual). También continúa vigente la antigua costumbre de que los fieles se signen cuando el sacerdote, al bendecir al pueblo, traza sobre ellos el signo de la cruz.

EXTENDER LAS MANOS, JUNTAR LAS MANOS

Llama la atención la diversidad de los gestos en varios momentos de la misa, Tanto para el sacerdote como para el diácono.

n. 124: En el saludo inicial de la misa: gesto de extender las manos como señal de acogida : "...con ustedes".

n. 146: Igualmente al decir " Oren Hermanos" antes de la oración sobre las ofrendas, y n.148 al decir "El Señor este con ustedes" antes de la Plegaria Eucaristía.

Pero para el Evangelio, tanto el sacerdote (n.134) como el diácono (n.175), después de abrir el libro al ambón, dice con las manos juntas: El Señor este con ustedes".

Antes de las oraciones (colecta, ofrendas, postcomuni3n) se dice "Oremos" con las manos juntas (n.127 y 165)

Rito de la paz: extendiendo y juntando las manos anuncia la paz diciendo: "La Paz este con ustedes" (n.154).

El Diácono: "invita a la paz diciendo con las manos juntas y vuelto hacia el pueblo "Dense fraternalmente la paz" (n.181) (sin decir hermanos y hermanas)

Bendición final: "Extendiendo las manos saluda al pueblo diciendo: "El Señor esté con ustedes", y juntando de nuevo las manos y poniendo de inmediato la mano izquierda sobre el pecho y elevando la derecha, agrega: "La bendición...")

El diácono en la misa, estando presidiendo el obispo o el sacerdote, nunca extiende las manos. Pero sí, cuando preside una ADAP, lo hace diciendo: "El Señor esté con ustedes" al iniciarla. (ver Comentario II: Rol del diácono)